



RELOJ DE SOBREMESA EN FORMA DE FLORERO.

Una novedad muy en voga son en París las péndolas de sobremesa que representan un grande rosal, cuya muestra la constituye una rosa doble. La manilla viene á ser la trompa de la mariposa posada en el corazon de la flor; las horas quedan indicadas con cifras romanas y los puntos de las medias horas son gotas de rocío. No se puede ver cosa mas linda y de mayor efecto, asi es que estos floreros-relojes han encontrado extraordinaria aceptación, sobre todo entre las damas ¿acaso justamente por esa picarilla de mariposa?...

LA VUELTA DE JUAN PEREZ.

(Continuación.)

La mujer del sacristan miraba alternativamente á su hijo y á su nuera.

—Valentin, me vas á hacer llorar.

—A los muertos se les reza y se les llora.

—¿Quién ha muerto que necesite nuestras oraciones y nuestras lágrimas?

—En el mundo todos los dias nacen, y todos los dias mueren.

La mujer de Valentin ahogó un suspiro, y no pudo contener dos lágrimas rebeldes.

—Estais llorando los dos, dijo la madre.

Ambos trataron de ocultar inútilmente que lloraban.

El sacristan habia salido á tocar la última oracion de la noche, porque acababan de sonar las nueve en el reloj de la torre, y el niño se habia dormido sobre las rodillas de su padre.

—¡Llorar! dijo Valentin. Despues de haber llorado mucho, se siente un consuelo infinito. ¿Qué no perdonará Dios al que ha dejado en el mundo quien le llore todos los dias!

—¿De quién te acuerdas, Valentin? le preguntó su mujer con un interés lleno de angustia.

29 DE JULIO DE 1855.

—Me acuerdo en este momento, dijo el organista, besando la mejilla de su hijo... me acuerdo... de Juan Perez.

El huso con que hilaba la sacristana se escapó de entre sus dedos.

—¡Ah! murmuró la joven, ¡por qué te acuerdas de él!

—¡Qué sé yo!... No sé quien lo nombra cerca de mí con la voz de su alma, que lo siento en mi corazón, y lo recuerdo á cada instante.

La mujer de Valentin bajó la cabeza, y casi cerró los ojos.

—Rézale, hijo mio, dijo su madre. Cuando los muertos nos persiguen con su memoria, es porque necesitan oraciones.

En aquel momento silbó el viento con tal furia, que la llama del hogar se recogió hasta apagarse y se inflamó repentinamente hasta lamer los bordes de la campana de la chimenea.

Reinaba en aquel recinto un silencio profundo, y entre el mugir del viento que se rasgaba impetuoso en los ángulos de la torre, entre el hervir de la lluvia que azotaba las tejas desnudas de la casa, y entre el gemir de los sarmientos que se retorcian, como los nervios de un epiléptico, al contacto de la llama, se oía en los intervalos que dejaban estos ruidos confundidos la tos lenta y tenaz, sorda y seca de Valentin, y el silbido apagado de su respiración pausada y difícil.

De repente brilló dentro de la casa, con la misma intensidad que en el seno de la nube, un relámpago: todos cerraron los ojos; se sintieron envueltos en una bocanada de viento y agua, y temblaron sin respirar bajo el peso de un trueno sin ejemplo.

Cuando volvieron de su espanto, se encontraron con la figura del licenciado, que se destacaba en el fondo oscuro de la puerta como una aparición.

—Con licencia, dijo el soldado, sacudiendo su gorra empapada de agua, y dando dos pasos hacia el hogar.

Nadie le contestó: estaban fijos en él todos los ojos, con una expresión de terror indescriptible.

—No hay que asustarse, dijo Juan Perez con una voz parecida al redoble de un tambor. Solo quisiera secar un poco este capote, que me pesa como un pecado mortal, mientras pasa esta legión de demonios para seguir mi camino. Aun me quedan setenta leguas de marcha.

La mujer del sacristan acercó una silla de morera con asiento de esparto, y Juan Perez se sentó, tendiendo á la vez su capote delante de la llama.

La joven se comprimía desesperadamente por sujetar los estremecimientos de una convulsion que sentia correr por todos sus miembros. Valentin, inmóvil, frío, pálido como la cera, fijó sus ojos en el soldado, casi no respiraba, y la mujer del sacristan ayudando á Juan Perez á sostener el capote delante de la llama, le perdonaba de buena fé el susto que les acababa de dar.

La anciana, indiferente á lo que pasaba á su alrededor, medio rezaba, medio dormía.

Juan Perez comprendió todos los pormenores del cuadro que le rodeaba, habia reconocido al primer golpe de vista todas las fisonomías que tenia delante, y sin embargo parecia que á él no le habian conocido. Y era posible, y era fácil. Su rostro tostado y varonil, su bigote castaño y retorcido, su voz áspera, su manera de hablar, su ademán y su traje no podian descubrir á aquel Juan Perez de diez y ocho años, tan humilde, tan cariñoso, con sus mejillas rosadas y sus labios sin bozo. Solamente una mujer que lo hubiera amado con todo su corazón, lo hubiera reconocido; porque Juan Perez conservaba sus hermosos ojos negros, y su mirada era la misma; ardiente y dulce, atrevida y humilde; y porque en los ojos de un hombre, solo saben leer una mujer enamorada y una madre.

Juan Perez ahogó su pena, tomó su resolución, y exclamó poniendo una mano sobre la cabeza del niño que Valentin tenia entre sus rodillas:

—¡Hermosa criatura!

—Es nuestro hijo, balbuceó Valentin.

—Tiene dos años, dijo la sacristana.

—¡Dos años! murmuró el soldado fijando en la mujer de Valentin una mirada que la hizo desfallecer.

—¡Dos años! repitió la pobre muchacha.

El capote estaba medio seco, pero Juan Perez se lo echó encima, y se puso de pié, diciendo:

—La tempestad ha pasado, y voy á continuar mi camino.

—¡Sin descansar! dijo la mujer del sacristan con admiración.

—Cuando se coge la licencia absoluta, se corre, se vuela sin descansar, hasta que se abraza al hermano, á la hermana, á la madre, á la novia. Entonces se descansa.

La fisonomía de Valentin se habia ido serenando y no notaba que en la cara de su mujer estaban pintadas todas las angustias.

—Voy á darle un abrazo á mi madre; tengo que andar todavía setenta leguas.

El sacristan, que volvia de la torre, entró en aquel momento.

—Mateo, dijo su mujer, aquí tienes un militar que va de paso y que no quiere aceptar ni nuestra cena, ni nuestra cama.

—Hace mal. La noche es de todos los demonios y yo no puedo permitir semejante cosa, dijo el sacristan, mirando de arriba abajo al soldado sin conocerle.

—No tengo nada que hacer aquí, dijo el licenciado secamente, y mi madre me espera.

—Pero á lo menos echar un trago, insistió el sacristan; no vendrá mal á estas horas para seguir el camino.

—Amen, dijo Juan Perez.

—Muchacha, arrima aquí un jarro del tiato de cuatro años de la viña del señor cura.

La mujer de Valentin se levantó, dejando admirar por un momento un cuerpo gracioso encerrado en un corpiño de pana verde, unos contornos suavísimos á pesar de su saya de lana, un pié ligero y pequeño, y media pierna capaz de hacer olvidar la consigna al soldado mas listo.

Juan Perez reasumió en una mirada el conjunto de todos estos encantos, y volvió la cabeza á su pesar.

—¡A la salud de tu madre, buen soldado! dijo el sacristan empujando un vaso.

—Así sea, dijo Juan Perez llevándose el vaso á los labios y sin probar el vino.

—Ahora, dijo Mateo, quédate ó márchate.

—¡A la paz de Dios! dijo Juan Perez.

La mujer de Valentin habia salido á la puerta de la calle en busca de aire que respirar; sentia el corazón oprimido y ella sabia por qué...

Juan Perez llegó á la puerta y se encontró con ella.

La muchacha se asió al brazo del soldado y exclamó sollozando:

—¡Perdóname!

—¿Dónde está enterrada mi madre? replicó Juan Perez.

—En el cementerio, debajo de un rosál plantado por mi mano.

—Bien.

—¿Me perdonas? insistió llorando.

—Tengo que abrazar á mi madre.

Valentin, con su hijo en brazos, de pié, estaba observando esta escena.

—He rezado por tí todos los días.

—Bien hecho.

—¿Te vas para siempre?

—Para siempre.

—¡Adios! dijo la pobre muchacha anegada en lágrimas.

—¡Adios! murmuró Juan Perez temblando: adios... mundo.

La mujer del organista solamente habia reconocido á Juan Perez, porque aquella pobre muchacha era Cecilia.

Después que lo vió perderse en lo último de la calle, se enjugó los ojos y entró en la casa.

Valentin puso entonces en sus brazos el niño dormido y salió á una especie de jardinillo que se ocultaba detrás de la casa. Allí se apoyó contra la pared, tosió ásperamente y arrojó una bocanada de sangre. Después se incorporó, y levantando los ojos al cielo, exclamó.

—¡Era él!

IV.

EL CEMENTERIO.

El cementerio de la aldea estaba como á un tiro de fusil de las últimas casas, en una hondonada que formaba el valle. Una tapia de siete piés de altura lo circueja, formando un cuadro perfecto. La punta era un enrejado de madera sin pintar semejante al rastrillo de una cárcel. Por la parte interior apenas se conocia que aquel era el asilo de los muertos; solo una cruz negra y alta levantada en medio entre cuatro cipreses, daba á aquel recinto un aspecto lúgubre. No habia sepulcros; la tierra levantada á intervalos, formando surcos irregulares, indicaba el sitio de las sepulturas.

Asomaba el sol limpio como un espejo de oro. Sobre una de aquellas sepulturas se levantaba un rosál tan frondoso, que casi la cubria toda. Las gotas de agua que la lluvia habia depositado sobre las hojas del rosál se destilaban una á una trazando alrededor de la sepultura un círculo de lágrimas.

El soldado estaba allí de rodillas con la cabeza caída sobre el pecho y los brazos cruzados: habia llorado toda la noche y se sentia sereno, porque las lágrimas son el único consuelo de los corazones afligidos.

Durante toda la noche habia rezado y estaba resignado, porque la oración lleva hasta las puertas del cielo, y allí encuentra el alma siempre la esperanza ó la resignación.

Y su dolor habia sido grande y profundo, porque en los misterios del corazón humano nunca es mas hermosa una esperanza que en el momento en que se va á perder para siempre.

Y Juan Perez habia sonreído lleno de esperanza á todos los encan-

tos de una felicidad, que para mayor tormento había comprendido entonces en todos sus pormenores, en toda su estension.

Y nunca le había parecido Cecilia tan hermosa, porque el amor se complace en hacer mas seductora á nuestros ojos á la mujer que amamos, cuando no nos pertenece.

Y aquel niño tan hermoso que dormía en los brazos de Valentin, había derramado en el corazon de Juan Perez todo lo que los celos tienen de mas cruel y de mas doloroso.

Y no es inverosímil que el soldado, en cuyo corazon parecia haberse perdido la memoria de Cecilia, sintiera tan profundamente el dolor de haberla perdido, porque el corazon humano es un abismo en cuyo fondo se duermen las memorias mas dulces, y se despiertan todas juntas en el momento en que la realidad nos alumbra para hacer mas amargo el pesar de una ingratitud ó el tormento de un desengaño.

El amor había dormido en el alma del soldado durante los siete años de su ausencia; allí oculto había conservado toda su virginidad y toda su fuerza; y aquel reposo de siete años, aquel paréntesis abierto en la vida de un cariño tierno y verdadero, le daba ahora un poder irresistible.

(Continuará.)
JOSÉ DE SELGAS.

NO HAY MAL QUE POR BIEN NO VENGA.

Es necesario convenir en que todos hacemos en el mundo un immoderado abuso de los refranes que desde nuestros primeros años se graban en nuestra memoria. Y esto consiste en que el hombre es naturalmente inclinado á todo lo sentencioso, á todo lo que de un modo lacónico ofrece el interés de un precepto moral; suministrando á veces armas para la polémica, que suelen tener las apariencias, aunque no el fondo, de la lógica, fundándose en la general aceptación que han merecido, como si fuera matemáticamente cierto todo lo que se apoya en el comun sentir de los hombres. Yo coloco sin inconveniente ni reserva los refranes en la seccion mas falsa de este arsenal de armas de mala ley, por cuanto suelen ocultar el golpe que hiere de rechazo al que las maneja, del mismo modo que cada veneno tiene su contraveneno, que suele ser un veneno tambien.

El refran que sirve de epigrafe á este artículo es un consuelo muchas veces, pero nada mas que un triste consuelo, tan fugaz como esas ilusiones ópticas que desaparecen al mas ligero cambio de los objetos que la luz refleja y refracta. Contra la máxima que dicho refran encierra, tenemos estotra, menos consoladora, pero mas verdadera: «Bien vengas mal si no vienes solo.» Y voy á demostrar mi proposicion para que no se crea que trato de imponer á mis lectores por apriicho lo que ellos aceptarán voluntariamente como aceptan todas las verdades elevadas al rango de los axiomas.

Es un mal por ejemplo el que le saquen á uno una muela y no tenga noticia de que de este mal haya resultado jamás algun bien. Lo mismo que digo de este mal puede decirse de todos los males físicos ó morales que el hombre experimenta en este valle de lágrimas, sacando de todos la misma consecuencia fundada en la observacion, á saber, que ningun tuerto por el hecho de perder un brazo ha recobrado el ojo que le faltaba, ningun rico ha duplicado su hacienda por perder la que tenia. El caso que la sociedad mineralizada en que vivimos puede presentar mas favorable al citado proverbio es aquel en que un jóven hereda una gran fortuna por la muerte de sus padres, pero el bien á tanta costa adquirido será siempre considerado por mi como un verdadero mal.

Lo que deberia decirse es que no hay absolutos males ni absolutos bienes en el mundo, puesto que lo que para los unos es malo, para los otros es bueno, y vice-versa, sobre lo cual podriamos citar numerosos ejemplos diariamente sin mas que asistir á las operaciones de la bolsa, donde las noticias que llegan del Oriente hacen subir los fondos perjudicando á los que estan por la baja, ó bajar fastidiando á los que juegan al alza, en cuyas peripecias nunca se verifica que uno flore sin que otro baile, ó que uno baile sin que otro flore; y como la bolsa es la miniatura de la sociedad, no creo necesario insistir en este punto para probar que el refran en cuestion está mal formulado, pues lo que deberia decir es que no hay bien ni mal para una persona que no redunde en daño ó beneficio de otra.

Paso á demostrar ahora que tenia razon el que dijo: «Bien vengas mal si vienes solo.» Pero, por ventura necesita demostracion esta verdad que puede incluirse en el número de las proposiciones que los lógicos llaman evidentes? Para los que han estudiado las ciencias exactas no hay nada que no exija demostracion en el mundo. ¿Puede darse una verdad mas palpable que la de que la suma es el conjunto de los sumandos? Sin embargo, no hay matemático que la acepte sino

despues de probar que la suma es la reunion de las unidades, de las decenas, de las centenas, etc., ó lo que es lo mismo, que el todo es igual al conjunto de las partes; y aunque esta desconfianza de los que se dedican á las ciencias exactas peca de exajerada, vale mas seguramente á los ojos de la inteligencia examinar las verdades antes de sancionarlás, que recibir á cerra ojos todos los disparates que de dia en dia descarga el humano charlatanismo, tales como las paradojas del doctor Gall sobre la manifestacion esterna en el cerebro de las facultades morales, intelectuales y animales; las de Lavater que explica por la fisonomía lo que Gall por el cráneo y, sobre todo, las teorías de Mesmer que han engendrado las modernas extravagancias sobre las mesas dancantes, espíritus golpeantes y otras cosas cuyo número se eleva á la potencia del ridículo en que caen los que tales sandeces propagan.

La verdad encerrada en el refran: Bien vengas mal si vienes solo, se demuestra *á priori* y *á posteriori*. Emplearemos los dos métodos á la vez.

Cualquiera que haya querido observar las caprichosas evoluciones del destino habrá visto que el bien y el mal entran en el seno de las familias, digámoslo así, por entregas. Desde el momento en que un hombre es afortunado en una empresa puede estar seguro de no dar un paso sin resultados favorables, y esto, lejos de estrañarme, tiene para mi la explicacion mas clara y natural. En efecto, figurémonos que un hombre se consagra á cualquier ramo del comercio: si este hombre entra en la via de las prosperidades, su crédito lejos de disminuir aumenta de dia en dia: los que habian de asediarse como acreedores, le suplican como deudores, y no hay sacrificio que no estén dispuestos á hacer en su favor para tenerle propicio; los que antes no le hubieran prestado dinero sin llevarle un quince ó veinte por ciento, se lo prestan luego á un interés módico y sin mas garantia que su firma ó su palabra; en una palabra, los que al verle caido le hubieran dado por el pié, al verle levantado contribuyen con todas sus fuerzas á su mayor honra y provecho. Todo lo contrario se observa en el desgraciado á quien persigue la negra fortuna, y esto tiene la misma explicacion ó, si Vds. quieren, la explicacion inversa. El mismo comerciante para quien un suceso venturoso no es mas que el primer término de una serie de prosperidades, debe temer mucho dar un tropezon, porque este mal paso será para él el primer término de una serie de tropezones que no concluirán hasta que se haya roto las narices. El labrador que tiene la desgracia de perder una mula y no puede reemplazarla, pierde desde luego lo que le costó la mula: este mal produce inmediatamente otro, cual es el de abandonar la labor de sus tierras; no pudiendo labrar las tierras coge naturalmente menos grano del que esperaba, y á la fatalidad de no coger bastante grano para comer, vender y sembrar, se sigue el de tener que vender á menos precio las tierras dando al traste con toda su labranza.

No hace muchos años que en el principado de Cataluña ocurrió la sangrienta historia que voy á referir, como prueba de que el mal ejerce una funesta fuerza de atraccion tal, que cuando se presenta en una casa debe considerarse como preludio de mayores calamidades. Es el caso que un pobre labrador tenia dos hijos, uno en mantillas y otro de unos diez ó doce años de edad. Este último solia llevar todos los dias la comida para su padre al lugar en que éste cultivaba la tierra, siendo tan puntual en su comision, que nunca se habia detenido un cuarto de hora mas de lo acostumbrado. Un dia por desgracia el pobre muchacho se detuvo á la salida del pueblo á jugar un rato con sus amigos, motivo por el cual tardó demasiado en llegar adonde su padre le esperaba. Este sin ánimo de causar grave mal á su hijo le tiró á cierta distancia una piedra del tamaño de una avellana, que conforme podia no haberlo tocado, fué á darle casualmente en una sien, dejándole muerto en el acto.

Sabida la triste noticia en el pueblo, corrió la madre llorando al sitio de la catástrofe, y mientras la pobre mujer iba á derramar las lágrimas del dolor sobre el hijo á quien ya no podia tributar otro consuelo, salieron los cerdos del corral, y se comieron al niño que habia dejado solo en la cuna. Como Vds. ven, la muerte inesperada del muchacho, causada inocentemente por el padre, produjo la del niño ocasionada por el natural aturdimiento de la madre; pero no concluyó aquí la tragedia. Cuando la desventurada madre volvió á casa y supo lo ocurrido, cayó muerta repentinamente, y al saber el pobre labrador las nuevas desgracias de su casa, perdió el juicio, cediendo á esa muerte anticipada que lleva el nombre de locura. Ahora bien: si el desventurado padre, á quien tan duramente trató la fatalidad, no hubiera tenido la mala suerte de matar á su hijo mayor, no habría tenido la desdicha de perder al mas pequeño; sin la muerte de sus hijos, tampoco hubiera perdido á su mujer, y sin estas calamidades reunidas no hubiera ido á parar á un hospital de locos que es el cementerio de los que solo conocen ya la vida por las impresiones del dolor.

A este ejemplo mas que suficiente para probar que puede realmente darse la bien venida al mal cuando viene solo, añadiré por úl-

timo otro menos triste, aunque no menos digno de referirse por su extraña originalidad. Se trata de unos cuantos muchachos que estaban á pupilo en casa de un dómíne de mi pueblo, mil veces mas miserable y cruel que el padre Cabra, tan acertadamente descrito por el célebre Quevedo. Estos muchachos habian llegado á experimentar de tal manera los rigores del sueño y del hambre, que cuando volvieron á sus casas habian perdido la facultad de comer y dormir, siendo cada uno de estos males consecuencia inmediata del otro. Sentábanse los pobres chicos á la mesa con un hambre que no veian, pero como tenian tanto sueño, se quedaban dormidos antes de llevar la cuchara á la boca, y esto sucedia siempre á las horas de comer. Llegaba la hora de acostarse, y allí tenia lugar la reciproca, se metian los pobrecitos en la cama deseando dar al cuerpo el descanso necesario, pero sentian tal desfallecimiento en el estómago, que por mas que hacian no podian pegar los ojos. Así, se dijo con razon que los discípulos de mi paisano el dómíne, cuando volvian á sus casas, no podian dormir de hambre, ni comer de sueño, cosa que en otro sentido observamos comunmente en la sociedad.

Hay literatos, pintores y sábios en el mundo que serian ricos si dieran á luz sus obras, pintasen los cuadros que han imaginado ó pudiesen en práctica alguna teoria que han concebido, y estos sujetos podrian con fundamento decir: un mal engendra otro; si nosotros realizásemos nuestros proyectos, tendríamos dinero, y si tuviésemos dinero realizaríamos nuestros proyectos; no trabajamos porque nos faltan los recursos, y nos faltan los recursos porque no trabajamos. Esto es lo que llamamos el círculo vicioso; la cuestion de si la gallina existió antes que el huevo ó el huevo antes que la gallina. Pero para mí, tratándose de los males que afligen á ciertos hombres no hay cuestion: el segundo de sus males ha de ser consecuencia inevitable del primero y el primero se agrava con el incremento del segundo, de modo que todos los desgraciados se parecen en mi concepto á aquellos infelices muchachos de quienes se decia con razon que ni el sueño los dejaba comer, ni el hambre les dejaba dormir.

J. M. VILLERGAS.

AVENTURAS DE UN LOCO CORONADO.

(Continuation.)

—Vengan ahora los enemigos, exclamó Reuschild, y los recibiremos.
—Ya han venido, dijo Carlos XII.
—¡Han venido!
—Han descendido á la Livonia.
—Corramos, exclamaron todos precipitándose á las puertas como si se hubiera tratado de ir inmediatamente á pelear á la calle; corramos!

—Amigos míos, les dijo Carlos conteniéndoles con trabajo, comparto vuestra impaciencia; pero hay que tomar algunas medidas para asegurar el suceso. Antes de aceptar vuestros servicios debo exigirlos un juramento.

- Hablad, señor.
- Un juramento grave, solemne, irrevocable.
- Os escuchamos.
- ¿Le prestareis?
- Sí, cualquiera que sea.
- Muera quien le quebrante.
- Muera.
- Estais decididos?
- Lo estamos.

Carlos XII dijo entonces.

—La campaña que vamos á emprender será quizá muy ruda, estremadamente larga. Para luchar con tres ejércitos es preciso tener tres veces mas valor, tres veces mas habilidad y tres veces mas disciplina que ellos. Esta rara y firme superioridad no puede encontrarse en cuerpos débiles, en almas acostumbradas á la molicie. Seamos de hierro contra esas tres armadas, rompámoslas cayendo sobre ellas, rompanse callendo sobre nosotros. Señores, sabeis por experiencia las desgracias, las debilidades, las faltas á que conduce el abuso del vino.

—Sí, señor.

—Sí, sí, respondieron todos aquellos jóvenes que en aquel momento lo experimentaban.

Olof solo, aunque no menos ébrio que sus camaradas, sintió incomodado su estómago al oír maldecir el vino; se calumniaba á su amigo en su presencia.

—Y bien, jurad todos conmigo no beber.

—Lo juramos.

—No beber qué? preguntó Olof, á pesar de su profunda embriaguez; no beber ginebra, aguardiente ó champaña? Es preciso explicarlo.

El rey le sacó de dudas añadiendo.

—No beber mas que agua.

El juramento de todos ahogó el comentario quejoso de Olof que tuvo que decir con los otros. Lo juró!

—Vais á jurar además, añadió el rey, no jugar mientras dure la guerra que vamos á emprender.

—No jugar á qué?... Preguntó á su vez Megret espantado de que pudiera ocurrirse á un hombre en su cabal juicio prohibir el juego.

—Ahora te toca á ti, francés, amable francés, francés demasiado amable, le dijo Olof por lo bajo.

—Jurais, dijo el rey, no jugar como habeis jurado no beber sino agua?

—Lo juramos.

—Aun tengo que obtener un tercer juramento.

Los cortesanos, aunque dispuestos por su situacion á prestar juramentos hasta el día siguiente, manifestaron sin embargo alguna sorpresa al oír que el rey les exigía un nuevo juramento. El rey habló, pero esta vez las palabras cayeron tristes y débiles de sus labios temblorosos, sus ojos destellaron un fuego sombrío, y se conocia que al hablar quebraba algo dentro de sí.

—De todas las faltas del corazon, dijo, mirando alrededor como buscando un culpable, porque sino se acordaba claramente de la visita de Georgina, la impresion de esta visita le duraba, de todas las faltas del corazon, la mas fecunda en bajezas, en traiciones, en crímenes es el amor.

Carlos XII se detuvo para poner, por decirlo así, el dedo de su duda en cada frente, olvidando sola la de Reginold que llevaba por decirlo así su condenación escrita.

—Sí, prosiguió: el amor hace que todo se olvide, que todo se desconozca, que todo se pierda. Hace olvidar la dignidad del cetro, y pierde los estados. Rebaja al soldado y envilece al hombre haciéndole capaz de vender á su patria, á su rey, á su amigo, por la mirada de una mujer.

—Señor! exclamó Reginold espantado.

—Callate Reginold, dijo el rey; tú no conoces aun esos crímenes; tú, cuyo corazon solo se ha abierto á la amistad. Y añadió con la energia de un acento conmovido y feroz á la vez. Yo no quiero el amor en mi campo, en mi acompañamiento, conmigo, bajo mis tiendas. Juradme, pues, y este es el último juramento que espero de vosotros, que rompereis con todas las pasiones de amor, con todas las locuras y todas las intrigas que podeis tener en Stokolmo. Aun es tiempo de renunciar á seguirme si no podeis hacerlo á ese precio. Jurais?... Yo lo juro.

—Lo juramos! exclamaron con frenesí los nuevos jefes.

Reginold tambien juró para castigarse lo mas cruelmente posible de haber faltado á la amistad del rey, y de un rey que habia estado á punto de descubrir su traicion.

En el momento mismo en que este juramento se pronunciaba, se oyó una risa burlona que parecia caer de la bóveda de la sala, de la pared en que estaba colocado el espejo de Venecia.

Aprovechando el momento en que toda la asamblea, incluso el rey, buscaba con los ojos de donde podia venir aquella risa imprudente, Reginold se retiró murmurando. Voy á arrojarle á los piés de la condesa, para confesarla que no he podido apartar al rey de la idea de la guerra. ¿Quién podia prever la trasformacion de Carlos XII? El hombre ha dejado el puesto al héroe... nos ha asombrado arrastrado por una de esas fascinaciones imprevistas que destruyen todos los cálculos. Ella me escuchará... me comprenderá... me perdonará. Además, pues que he jurado al rey no amar daré á la condesa un eterno adios... Corramos á su casa.

Megret, que se habia aprovechado igualmente para salir de la distraccion de todos, decia por su parte.—El lacayo de la bella, de la bella Georgina, lo he concertado con él—debe abrirme á las cinco de la mañana, la puerta secreta del palacio de la condesa de Königsmarck para ponerme en posesion del tesoro que me hará el mas feliz de los hombres. Son las cinco... Vamos!

CAPITULO IV.

EL PARAISO TERRESTRE.

Reginold dirijia sus pasos á casa de la condesa Aurora, maldiciendo la súbita determinacion del rey, y aplaudiéndole en el fondo de su corazon por haberla tomado, sintiendo que lo perdía todo al perder á la condesa, pero comprendiendo tambien que su título de amigo del rey le ordenaba el sacrificio de su pasion; como todos los amantes creia en la sinceridad de su resolucion, afrontaba la tormenta con las velas hinchadas por el viento de su vanidad, ya veremos si su heroismo le condujo á buen puerto.

Rumiaba las palabras mas elocuentes y las reflexiones mas graves

preparándose á decir á la condesa de Koenigsmarck, cuánto sentía no haber podido impedir al rey que dejase á Stokolmo para ir á hacer la guerra, cuando tropezó en la oscuridad á poca distancia de la puerta de la condesa con un hombre de capa negra y sombrero calado hasta los ojos. Tropezaron tan fuertemente el uno con el otro, que los puños de sus espadas estuvieron á punto de herirles. Después de haber retrocedido algunos pasos para desenvainar; el caballero Megret dijo á Reginold con una extrañeza de que este participó.

—Pero, esto es un milagro!

—Lo mismo digo, caballero.

—Entonces, caballero, somos dos santos iguales, pues nos devolvemos milagro por milagro. Os he dejado hace un cuarto de hora en la mas gloriosa orgía que en mi vida he visto; del palacio del rey á aqui hay casi media legua, hace una niebla tan espesa que se puede escribir en ella un credo con la punta de una espada y ya os encuentro aqui!

—Tambien estais, caballero Megret.

—Esperaba esa respuesta, pero yo tenia un motivo muy poderoso para andar tan apresuradamente ese camino.

—Suponed en mí el mismo motivo y la misma agilidad.

—La misma agilidad, si, respondió Megret riendo, pero en cuanto al motivo... es imposible.

—Quiero decir, dijo Reginold, cuyos movimientos indicaban el deseo de terminar pronto la plática, que he podido tener un motivo para venir tan pronto como vos. Mi discrecion, cuyo sentido habeis interpretado mal, me obliga á dejaros pasar y á no deteneros mas... Adios.

—Gracias, señor Reginold, pero no paso. Yo soy quien está obligado á pedir os perdon de haberos detenido cuando ibais tan deprisa... os dejo, pues, el paso libre, dandoos las buenas noches y añadiendo.—Hasta mas ver.

—Gracias caballero, pero yo no pasaré.

—No pasareis?

—No.

—Sin embargo, vos marchabais...

—Como vos.

—Pero puede uno detenerse.

—Yo me detengo.

—Ah muy bien, pero si no me equivoco, deteniéndonos ambos en un mismo punto, nos persuadiremos reciprocamente de que tendiamos al mismo objeto.

—Eso parece verosímil, caballero, repuso Reginold, muy incomodado por verse detenido á la puerta de la condesa, cuando tenia prisa de entrar.

Es necesario decir aqui, que el palacio de la condesa Aurora de Koenigsmarck y su dama Georgina, estaba entonces como lo estan aun la mayor parte de las casas de Stokolmo, rodeado de campos que le aislaban, disposicion singular á la cual esta capital debe una extension nada proporcionada á su poblacion. Desde el sitio en que se hallaban Reginold y Megret, veian á través de las ramas de los árboles un lado del palacio, pero aun no descubrian su fachada, aunque solo los separaba de ella una veintena de pasos.

—En ese caso, dijo Megret, iré á esperar un poco mas lejos á fin de no estorbaros.

—Es una cortesía que yo iba á tener con vos, respondió Reginold, queriendo á todo precio desembarazarse del caballero antes de introducirse en el palacio.

Como Megret tenia la misma intencion, replicó con vivacidad.

—Os agradezco la cortesía, pero he sido el primero en indicarla y me faltaria á mí mismo si cediera.

Megret dió algunos pasos muy contrariado á su vez por la ostension de Reginold, cuya presencia en aquel lugar comenzaba á parecerle poco natural.

Reginold le alcanzó al momento.

—Ah! querido Reginold, me espiais?

—Y vos, habeis adivinado mi intencion y querreis contrariarla sin motivo?

—Os juro que no quiero haceros sombra.

—Y yo por mi parte os aseguro que no os espio.

—Sin embargo...

—En efecto...

Megret cojió entonces del brazo á Reginold, se dirigió con paso precipitado al palacio, y deteniéndose delante de la puerta, dijo.—Es muy fastidioso representar una comedia como esta, acabemos un juego que acabaria siempre por... acabar. Abreviemos el desenlace. Yo vengo aqui, y como es poco probable que vos vengais...

—Pero al contrario, caballero, aqui vengo.

—De veras?

—Por mi honor! no quiero ser menos franco.

Megret midió con una mirada escrutadora á Reginold, que le respondió con otra altiva y casi colérica.

—Pues que así es, respondió el caballero, entremos los dos, la puerta es bastante grande.

—Los dos...

—Por Cristo! no querreis que yo os vea entrar?

—Pero perdonad, señor Megret, no os engañais?

—En qué?

—Este palacio es el de la condesa de Koenigsmarck.

—Delicioso! exclamó Megret riendo, á mi vez permitidme enseñaros, querido Reginold, pero siempre bajo secreto; que estamos en Stokolmo, capital de Suecia.

—Pensais pues, señor, dijo Reginold, desconcertado por aquel tono burlesco entrar en casa de la condesa?

El caballero, afectando la misma sorpresa respondió.

—Aparentemente, caballero, y creo que vuestra intencion no sea impedirlo? Pero tendré á mi vez el derecho de preguntaros si pensais entrar en casa de la condesa?

—Si, caballero, respondió Reginold.

—Vuestra respuesta me extrañaria si no llegase de Paris. Despues



de todo la dificultad no es nueva y el modo de salir de ella es conocido.

—Tengo una espada, exclamó Reginold.

—Y yo otra, pero las dejaremos en la vaina si me quereis escuchar. Expliquémonos friamente el suceso que nos ha reunido, y que debe quedar secreto entre ambos. Cada uno sabe lo bastante segun creo para desear saber mas. ¿La condesa os ha dado una cita esta mañana?

—No, caballero.

La voz de Reginold era incisiva.

—Cómo no? pues entonces...

—Entro en su casa cuando me place.

—Pero esa es una maravillosa fortuna.

—Caballero, esa espresion...

—Veamos... la retiro jamás honestamente á la condesa?

—Hay respuestas de ese género que solo se dan á Dios.

—Por qué venir pues, aqui?

Megret se sentia confundido por estas respuestas que en cualquier caso en que su cerebro estuviese menos preocupado le hubieran parecido bien claras.

Reflexionaba con todas sus fuerzas cuando Reginold le dijo:
 —Pero ¿y vos, amais á la condesa?
 Despedido Megret, respondió volviendo la frase de Reginold.
 —Hay respuestas de ese género que no se hacen sino al diablo.
 Enseguida creyendo haber sido descubierto por aquel hombre lanzado en la persecucion del mismo objeto, añadió con tono mas dulce.
 —Sois jugador señor? sois jugador?
 —Lo he sido, respondió Reginold, admirado de la vivacidad y estrañeza de esta pregunta.
 —Quien lo ha sido, sigue siéndolo; eso es indeleble, así pues sois jugador desenfrenado?
 —Desenfrenado no...
 —Si, como yo.
 —Sea; pero qué relacion!...
 —Vuestra presencia aquí me lo prueba.
 —Creéis...
 —No juguéis conmigo á quien es mas astuto, porque perdereis.
 —Está tan lejos de ser esa mi intencion, que entro en esta casa...
 —Perdonad, una palabra aun, dijo bruscamente Megret deteniéndole.
 —Qué mas teneis que decir? dijo Reginold, dando tres golpes á la puerta.
 Con aire misterioso pero de perfecta resolucion, el caballero Megret dijo:
 —Consentis en que cada uno de nosotros la tenga un mes?
 —Miserable!
 —En ese caso espada en mano! exclamó Megret cogiendo segunda vez el brazo de Reginold que habia vuelto á llamar, porque nadie habia respondido á sus tres primeros golpes.

(Continuará.)

EL FUMADOR DE HAQUIC Ó HISTORIA DE UN GRANO DE TRIGO.

Los consumidores de haquic ó *tecuri*, muy numerosos en Constantinopla, le fuman por lo regular en pipas tan pequeñas como dedos; algunos le toman en píldoras, pues dicen que, bajo esa forma, ese narcótico obra con mas energia sobre el sistema nervioso, determinando alucinaciones estrañas, y provocando al punto todos los excesos á que puede arrastrar el ardor de las pasiones.

El consumidor de haquic es muy aficionado á la música y las flores; su casa está llena siempre de flores naturales ó artificiales, y de jaulas con ruiseñores ú otros pajarillos vocingleros. Sus éxtasis se reducen casi siempre á lo mismo: este se ve en un trono rodeado de una corte brillante; aquel se vuelve un ave de rapiña; otro se siente dotado de un valor sobrenatural, y emprende toda clase de hazañas. Pero de todos modos, su fin es conocido; acaba por volverse tonto ó loco, y por consiguiente moralista. Entonces obtiene una posicion social, todo el mundo se honra con llevarle á comer y aun á dormir en el vestíbulo de su casa, y no hay tendero, por pobre que sea, que no se apresure á regalarle sandalias y albornoces.

Ahora bien, habia en Constantina, reinando Dalybey, un famoso aficionado al haquic, que se llamaba Bakir-bu-Djalula, de oficio bordador de arcos de caballo. Su tienda, pegada al palacio antiguo de los beys, daba á la calle de los silleros, y era el punto de reunion de todos los amantes del narcótico. En su casa se juntaban algunos jóvenes, hijos de los principales de la corte, y muchas grandes cabezas que compadecian á Mahoma, porque no habia conocido las báquicas delicias que ellos disfrutaban.

Bakir-bu-Djalula tenia veinte años, una buena presencia, con rostro ovalado, hermosos ojos arqueados y de una languidez que daba á su mirada algo de vago y de estático. Sus bigotes castaño oscuro sobre un labio superior muy levantado acusaban una naturaleza altiva. Sus manos y sus piés, al aire siempre, segun la costumbre árabe, ofrecian un dibujo perfecto. Bu-Djalula pertenecía á la aristocracia del oficio, bordaba sobre tafete. Pero lo que mas realzaba la distincion de su persona, era lo bien aliñado que iba constantemente: su traje era del mejor gusto; componíase de un calzon ancho de color de lila, con una chaquetilla y dos chalecos verde manzana de tafetan de Túnez, y sobre este un largo haik ó djerid de seda blanca con rayas del mismo color, cuya punta adornaba graciosamente su rostro, enlazada bajo su turbante de muselina blanca bordada de seda cruda. Al verle en su tienda tan bien vestido parecia hijo de un bey ó de un bajá.

En cuanto al carácter, Bu-Djalula no se parecia á nadie. Aunque estaba orgulloso de su oficio, aunque era caritativo y hacia muchas limosnas con reserva, una vez puesto el sol, se entregaba á una exis-

tencia escéntrica. Los obreros musulmanes un poco acomodados tienen generalmente una casa en la parte sasegada de la ciudad, y una tienda en el barrio del comercio. Su casa, á eso de las ocho, se volvía un lugar de diversion, donde se retiraban algunos jóvenes afamados por su talento, por su habilidad en el canto ó por su destreza en la caza. Entonces Bu-Djalula se trasformaba en poeta. Su sala adornada con alfombras y tapices de colores brillantes, estaba iluminada como la mezquita principal en la noche de la natividad del profeta; por todas partes se veían ramos de flores, un negro regalaba á los convidados con gobos de flor de naranja, y la vida comenzaba. La pipa de kif (esta palabra quiere decir *bienestar del alma* y *de los órganos* sinónimo de haquic) pasaba de mano, y mientras cantaban los ruiseñores cada cual se entregaba á las delicias de la admiracion sobre blandos almohadones; luego venían las risas, las fanfarronadas, las espansiones amorosas... y por fin llegaba el silencio del sensualismo.

Dice un proverbio árabe, que tantas veces va el cántaro á la fuente que al cabo se rompe. La imaginacion de Bu-Djalula se embotó con tantos desórdenes hasta el extremo de que vino á quedarse medio mudo; no hablaba mas que por mosilabos; sus dedos no tocaban ya los hilillos de oro y de plata con que trazaba en el tafete sus arabescos fantásticos. La ciudad le parecia nauseabunda, y la charla de sus camaradas habia perdido para él todos sus anteriores atractivos. Le gustaba pasearse solo sobre el llano de Mecid (al noroeste de Constantina) ó sentarse en una de esas praderillas que dominan como nidos de águilas el precipicio del Rumel; allí pasaba horas para renacer á la vida, contemplando la verde yerba y el esplendor del sol para olvidar sus alucinaciones.

Si á veces permanecía aun algunas horas en su casa, era únicamente para deleitarse en el canto de un bonito ruiseñor que habia cogido el año anterior en una de esas cazas que tanto le gustan á los fumadores de haquic. Este ruiseñor habia adquirido mucha nombradía entre los aficionados al narcótico por la suavidad de su voz. Bu-Djalula habia mandado hacer para él una jaula toda de ébano y marfil, entre cuyas rejillas chispeaban pequeños prismas de cristal. Tanto le habia llegado á querer, que le consideraba como un djinn trasformado, en cuya conservacion estribaba su felicidad.

¡Dios sabe si el pobre Bu-Djalula no principiaba ya á perder el juicio.

Una mañana que seguia, envuelto en su albornoz, la calle de Ferame Burume, que desemboca en el Kantara, llegó á distraerse un poco de sus negras ideas; subió lentamente la cuesta del Mansura (al Sur de Constantina), se sentó junto á un sembrado de trigo y se durmió. Tuvo un sueño: figurósele que recogía un grano de trigo, que este grano de trigo confiado á la tierra, le producía el primer año sesenta espigas, que las sesenta espigas daban al año siguiente un sa'a (hectólitro) que á sa'a le daba al tercer año diez sa'as, y que al cabo de diez años poseía tanto trigo, que solo un rey tenia tesoros suficientes para comprarle toda la cosecha. La frescura de la tarde le despertó, y levantándose continuó su sueño mientras bajaba á la ciudad. Llevaba en la mano un grano de trigo, y metiéndosele en la boca, dió libre curso á su imaginacion.

—Cuando mi cosecha haya llegado á tomar tales proporciones, se decía, no sabré dónde meterla; necesitaré graneros, y no sé quien me los alquilará... no sé, no sé... pero me parece que el bey no se negará á prestarme las paneras del Estado mediante una retribucion: el bey necesita crearse recursos... y me felicito de poderle hacer ese favor.

Y diciendo esto llegó al café de los Turcos, calle de los Judios. El caid-el-djabri (intendente de subsistencias) se hallaba sentado en aquel momento á la puerta del café, y viendo pasar á Bakir-bu-Djalula, le convidó á tomar una taza de café. Bu-Djalula respondió con una sonrisa, besó al caid en el hombro y se sentó, pero no habian pasado muchos minutos cuando le preguntó si queria el bey alquilarle sus paneras para guardar el fruto de su cosecha. Tan seriamente propuso la cuestion, que el honrado funcionario no concibió la menor duda, y respondió que con muchísimo gusto se encargaria de comunicar su demanda al señor Dali-bey.

Después de esta conversacion se separaron. El caid corrió al punto al palacio, pues es de advertir que la cosecha de los dominios habia sido muy mala el año precedente, que el bey se hallaba en grandes apuros, y que en el momento en que Bu-Djalula se entregaba á sus sueños de prosperidad, un triste acontecimiento habia agravado hasta lo sumo la embarazosa posicion del soberano. Bu-Rafad, caid de los Seguias, se habia sublevado, y para ahogar en su cuna la insurreccion que se presentaba con sintomas alarmantes, Daly-bey habia decidido marchar inmediatamente á la cabeza de su ejército sobre el teatro de la rebelion.

Al oír la proposicion que le hacian, creyó la provincia salvada. En el mundo musulman los negocios se tratan rápidamente. Temiendo que se le escapara la ocasion, Daly-Bey quiso lisonjear al rico propietario; pensó asegurarle una buena posicion en la corte, é imaginó ca-

sarle con una de sus hijas... Al otro día un criado del palacio llamaba á la puerta de Bu-Djalula, que como se sostenia únicamente con pil-doras de haquic, habia perdido, por decirlo así, el hábito de las emo-ciones. Oyó las palabras del criado, se levantó y se fué tranquilamente hácia el palacio, lo mismo que si se tratara de la cosa mas na-tural del mundo. Al verle entrar, los negros, los guardas y los criados se inclinaron respetuosamente; Bu-Djalula continuaba soñando...

Se abrió la puerta del medjess (salon del trono), y el bey, anciano de barba blanca, salió al encuentro de Bu-Djalula.

—¡Dios te guarde, hijo mío! le dijo con acento afable. Hemos pasado la mañana esperándote.

Y le ofreció uno de los almohadones de brocado en que se apoyaba.

Bu-Djalula se instaló en el sofá de su alteza, con mucho asombro de los caids, los cadis, los muphtis y los eheikhs que llenaban el salon. Después de muchos cumplimientos, Daly-bey tocó á los asuntos de in-terés; pero le pareció poco digno principiar por el negocio de los gra-nos, y prefirió encadenar primeramente con lazos indisolubles al rico capitalista, con cuyo fin le propuso la mano de su hija segunda.

—Cuando sea mi yerno, se decia, tendré su fortuna entre mis ma-nos y podré salir en mis apuros.

Bu-Djalula se mostró muy sensible á los ofrecimientos del bey, y continuó su papel hasta el último extremo con una sangre fria imper-turbable.

Nada de desposorios; el bey queria una boda improvisada.

Inmediatamente los cadis redactaron el contrato de matrimonio; Bu-Djalula no tenia que pagar dote á su futura.

Se pasó un día; al siguiente estaban hechos los preparativos de la boda; se habian ordenado regocijos en las plazas públicas; en el hazar de Suk-el-Asr, bailes de negros; en la plaza de Sidi-Djellis, los titi-riteros de Marruecos; en Rahbet el Djemal, los barqueros aicana con sus serpientes, sus perros y sus cuchillos.

Sin embargo, todo el mundo admiraba la calma del novio; sus ojos lánguidos apenas daban la menor señal de contento. Se paseaba por toda la ciudad vestido de gala sonriendo á todos sus amigos. Cuando llegó la noche, los grandes del suakzen tuvieron la honra de asistir á las bodas de Bu-Djalula. Cada uno de ellos le besó las manos y quiso complacerle, pues agradecerle á él era agradecer al bey de Constantina. Por fin, á la mitad de la comida dos negras alzaron en silencio la colgadura de terciopelo, y se presentaron á la estremidad de la sala; Daly-bey se levantó, tomó á su yerno por la mano y le llevó al apo-sento de su hija.

Bu-Djalula se enlazó con la familia de su alteza por un nudo sa-grado.

Pero bien luego debía tratarse de ajustar cuentas; ¿cómo revelar la verdad al bey?... Dios es el dueño de los mundos; Dios salva á sus criaturas de todos los peligros.

Bu-Djalula creyó que á la otra mañana el bey le pediria cuenta de su fortuna; pero no sucedió así, pues Daly-bey se imaginó por su parte que, atropellando las cosas, incitaria á su yerno á ocultarle una parte de la verdad. Tuvo la excelente idea de arrancarle su secreto por medio de las mujeres, y en efecto dijo á su mujer:

(Continuará.)

A LA UNION DE ESPAÑA Y PORTUGAL.

ODA.

A MI AMIGO VICENTE BARRANTES.

..... No es ya la tierra
ese planeta misero en que ardieron
la implacable ambicion, la eterna guerra.

QUINTANA.

» ¡Siempre la voz de Marte
de polo á polo con pavor profundo
bañada en sangre escuchará la tierra?
¿Nunca habrá para el mundo
mas plácido eslandarte,
ni otros acentos que estermínio y guerra?

» El pensamiento humano
que á Dios eleva su gigante vuelo
¿no quemará con su mirada ardiente
las anchas alas del orgullo vano,
cual rasga de la noche el negro velo
el sol desde el oriente?

» ¿Quién marcó esos linderos
que dividen la tierra endurecida?
La ambicion, génio torpe que la cuna
meció del mundo, y cánticos guerreros
alzando en torno á la creacion dormida,
en el humano seno
implacable vertió letal veneno.

» Tiro, Menfis, Atenas,
tú vetusta ciudad que el Tigris baña,
Cartago, levantada sobre arenas,
Numancia, honor de la abatida España,
¿qué de vuestro esplendor habeis leg do
al dejar de existir generaciones
perdidas entre el polvo del pasado?
¿Qué son vuestros blasones,
qué vuestras torres, qué vuestras murallas
do al compás del broquel, vuestras legiones
culto dieron al Dios de las batallas?

» Hoy miran las naciones
mudas de espanto vuestra muerta gloria,
con sangre registrada
en el severo libro de la historia;
y en lágrimas se anubla la mirada,
porque borrar quisiera el pensamiento
los altos hechos que escribió la espada,
dorado alcázar que deshace el viento
cifras que á la razon no dicen nada,
fantasmas de ambicion, glorias mezquinas
que dejan al pasar solo ruinas!»

Así el bardo español, suelta y tendida
la negra cabellera,
dijo con voz sonora y conmovida,
del Tajo en la ribera
y del rio las ondas espumosas
arrastraron su acento soberano
á los muros que batan orgullosas
al lanzarse bramando al Océano.

Entonces en la cumbre
que el sol baña en su lumbré,
la cabeza de lauros coronada,
se alzó el génio creador, que en la brillante
cortina de los cielos azulada
á la insensata humanidad errante
su marcha desigual tiene trazada;
y así con voz potente
al bardo dijo, y su robusto acento
por todo el continente
llevó en sus alas el sonoro viento.

» Yo sobre la alta roca
mi planta alirno, cuando el ronco trueno
al aquilon embravecido evoca
de parda nube en el hinchado seno.
Ruge la tempestad, y alza mi frente
hasta la nube oscura
y mi mirada ardiente
relámpagos fulgura,
sobre la voz del huracan, mi acento
robusto se levanta,
y el mar, el fuego, el viento,
vienen sumisos á besar mi planta,
porque brilla en mi frente el pensamiento,
y mi arpa solo su grandeza canta.

» El poético Oriente
mi cuna fué. Desde su infancia el mundo
mi poder adoró en esas lumbreras
que pueblan el espacio trasparente
y al himno que me elevan las esferas,
uniendo sus cantarés
cantó mi nombre y levantóme altares.

» Mas ¡ay! que impío y ciego
en su soberbia vana
quiso á mi altura remontarse luego
y mi esencia robarme sobre humana;

y alzóse audaz, y por mi rayo herido
sintió deshecha su arrogancia loca,
y de entonces confuso y dividido
para elevarse mi poder evoca.
Crucé luego á través de las edades
y vi al génio del hombre
alzar murallas, elevar ciudades.
Vile á los piés de un ídolo sin nombre
que sus fuerzas titánicas domaba,
y en su oscuro camino,
ciego á la humanidad estraviaba.

»¡Ay! siempre, siempre su triunfal carrera
marcó el horror, y por do quier los ojos
al fátuo brillo de candente hoguera,
vieron á la ignorancia enaltecida
recojer los despojos
de esa lucha gigante y fraticida
que en razas y naciones
tiene á la madre tierra dividida.

»Entonces del poeta
vibrar hice el laud, y allá en las cumbres
de Moncayo y Morben, y en las riberas
del Támesis, del Sena y del Danubio,
en trovas lastimeras
lloré el aplauso que en la tierra hallaban
tronos, cetros, espadas y banderas.

»Hondísima amargura
hinchó mi corazón; tendí mi vuelo
á la celeste altura,
y ondas de luz clarísima y ardiente
alumbraron la mente
de la confusa humanidad, y el hombre,
la mengua sacudiendo
que en siervo del error le convertía,
al eter su mirada
alzó en celeste resplandor bañada,
y nervudo Titán, entre sus brazos
el sôllo del horror hizo pedazos.

»Kant, Guttemberg, y Wat y Galileo
brotaron á este esfuerzo giganteo
destellos de mi esencia,
atletas de la humana inteligencia,
y se bañó la ciega muchedumbre
en raudales de ciencia,
en torrentes de luz y viva lumbre.

»¡Oh! mas las tristes vallas
rastros de sangre que la edad guerrera
dejó al pasar, fortísimas murallas,
donde atizó la destrucción su hoguera,
cimientos de ese trono
do llora la ignorancia su abandono,
eternas vivirán, para que un día
aprendan los mortales
que es impio el poder, la gloria impía.

»¡Nunca! ¡jamás! desde el Pirene helado
al Ponto, al Tíbre, al seno desgarrado
de América infeliz, llegó mi acento,
y el trono del error ya derrocado
el hombre solo adora al pensamiento,
y el mundo que por él se regenera
levanta para unir á las naciones
de paz y amor santísima bandera!»

¡Oh patria, patria mía!
dijo el bardo español, cuando su vuelo
rauda tendiendo á la region vacía
vió remontarse la deidad al cielo.

¿Será que siempre á adormecer tiranos
condenada estarás? nunca tus ojos
verán ese pendon que alzó la idea
y que orgulloso por Europa ondea?

La antigua Mantua, el vacceo generoso
juntos respondan al cantor hispano
y al son del ronco bronce pavoroso
dilatán por el suelo castellano
de una en otra ribera
himnos ardientes á la *union ibera*.

¡No mas, no mas! España se levanta
grande una vez, borrad esos linderos
donde torpe el error grabó su planta;
y en tanto que en Oriente
indomables falanges de guerreros
caban á la ambición su sepultura,
sed ejemplo á los siglos venideros
de paz, de union, de fraternal ventura!

Cortés, Vasco de Gama
un mismo continente
clara cuna os prestó, la misma llama
de sol hispano ardiente
bañando en luz vuestra tostada frente
en pos de gloria, de renombre y fama
os lanzó por los mares de Occidente.

Cervantes, Camoëns, génios rivales
porque al nacer os separó la cuna
en el aliento sobrehumano iguales
como iguales tambien en la fortuna,
un mismo monumento
unirá vuestros nombres inmortales
en la nueva región del pensamiento.

Brillante lazo los unió en la historia
y juntos en el mundo de la gloria
con el mismo laurel su frente ciñen,
rayos de un mismo sol esplendoroso,
que en el mismo color mágico tienen
de la razón el horizonte hermoso.

El carro de la guerra
con que hicieron un tiempo los tiranos
sobre sus egos retremblar la tierra
tornó enemigos los que son hermanos;
mas hoy que encadenada
por la humana razón gime Belona
la pátria de Cortés regenerada
para estrecharse con eternos lazos
al pueblo portugués tiende sus brazos.

¡Oh! cuando, cuando el suspirado día
lucirá de la union! Cuando quemadas
las alas ¡ay! de la discordia impía
de mar á mar en la comarca ibera
solo habrá una nación, una bandera!

JUAN ANTONIO VIEDMA.



Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO E ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.